

Robert Kurz

El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial

Buenos Aires: Marat, 2016, 284 pp.

¿Tuvo algo de casual que justamente unos meses después de la caída del muro de Berlín, «en el verano de 1989, el norteamericano Francis Fukuyama, vicedirector del área de planificación del Ministerio Exterior Estadounidense, [proclamara] demasiado pronto y demasiado fuerte “el fin de la historia” en un ensayo para la revista cuatrimestral *National Interest*» (p. 32)? «Porque Occidente se vio tan sorprendido por el derrumbe de su enemigo íntimo, el sistema del socialismo real, como los representantes gerontocráticos del Este. Es un ganador extraño el que se ve sorprendido de tal manera por su superioridad y el resultado de su triunfo» (p. 33) Con esta pregunta retórica y dosis sarcástica que no hace sombra a su lúcido diagnóstico casi profético comienza el libro que lanzó al estrellato, allá por 1991 en Alemania, al teórico Robert Kurz —representante fundamental de la corriente de la crítica de la escisión del valor [*Wertabspaltungskritik*]—, cuya reciente traducción al castellano por la editorial argentina Marat probablemente se deba al incipiente auge que están teniendo las tesis de la crítica de la escisión del valor en los circuitos académicos marxianos en el ámbito hispanoparlante.

Esta pregunta sobre la significación del colapso del bloque soviético para el desarrollo inmanente del capitalismo, la cual vertebra todo el recorrido que aquí nos presenta Kurz hasta el desarrollo e inminente colapso de la sociedad del trabajo abstracto como piedra angular de la dinámica capitalista, parece nacer, efectivamente, de una precoz estupefacción ante la clamada incineración de los pocos restos que quedaban de Marx en un momento de pleno apogeo del neoliberalismo. Precisamente, desde esa extrañeza irónica, Kurz continúa preguntando a los vencedores, al supuesto triunfo de Occidente en 1989, a los teóricos —como el norteamericano Francis Fukuyama— del fin de la Historia realizada en la forma racional de la sociedad y del Estado condensada en la etiqueta *American way of life* del capitalismo globalizado —malversando aquí,

por cierto, a Hegel—, la siguiente cuestión: ¿es tan evidente que Marx está tan enterrado y bajo tierra, como un *perro viejo*, aun cuando Occidente sigue dando más y más señales de su inminente colapso por la muerte de éxito del capitalismo? Tal vez por esto, Marx haya resucitado como Lázaro en los últimos años, especialmente —y sintomáticamente— desde la crisis financiera del 2008.

En el momento en que apareció la crítica del valor ante el público¹ con un primer número de la revista *Marxistische Kritik* en Nuremberg allá por 1987 no encajaba exactamente con ninguna etiqueta conocida de pensamiento crítico: ni anarquismo, ni marxismo ortodoxo, ni heterodoxo al estilo de la Escuela de Frankfurt, ni situacionista... ni un largo etcétera. Esto probablemente se deba a que ninguno de sus miembros es estrictamente universitario o intelectual de profesión. De hecho, el aliento fundamental de la crítica del valor es la reinterpretación desde cero, sin adscribirse a tradiciones marxistas preexistentes, de los conceptos-fetichismo que retroalimentan la dinámica autotélica y tautológica del Capital a partir únicamente de la reconsideración de crítica de la economía política de Marx.

En 1990 fundaron, como grupo teórico, la revista *Krisis* —por ejemplo, además de Kurz, nos encontramos con Roswhita Scholz, Ernst Lohoff, Norbert Trenkle o Anselm Jappe entre otros—. Éste último se unió a *Krisis* en 1994, pero hago especial hincapié en él pues ha sido uno de los grandes divulgadores del grueso teórico de la crítica del valor —en especial, su último libro traducido al castellano por la editorial *Pepitas de Calabaza* titulado *Las aventuras de la mercancía*, publicado originalmente en francés en 2003 con la intención de dar a conocer la crítica del valor a otros públicos más allá de las fronteras alemanas—. Además, muestra de ello, es que se trata de las primeras figuras de la crítica de la escisión del valor que se están empezando a traducir más prolíficamente al castellano, después del ya fallecido en 2012 Robert Kurz.

Las críticas no sólo se dirigieron hacia la tradición marxista, sino que el continuo diálogo entre sus miembros hizo que en 2005 se fundara una nueva revista llamada *Exit!* llevando con ello aparejado una fractura interna. Ésta fue causada, entre otros motivos, debido a la tesis que fue presentada en 1992 por Roswhita Scholz en torno a la escisión [*Abspaltung*] de géneros que está a la base de la existencia misma del valor como forma social fetichista. El trabajo abstracto,

¹ Todo lo relativo al contexto sociohistórico y la fractura interna del grupo *Krisis* está basado en el prefacio de Anselm Jappe a la edición castellana de KURZ, R., *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*, Buenos Aires: Editorial Marat, 2016, pp. 10-11 y 22-26.

creador de valor, no podría existir sin que otras partes de la reproducción social se efectúen en una forma no-mercancía —esto es, actividades domésticas o de cuidado desempeñadas por mujeres—, que no representan “trabajo” pero que, aunque no produzcan valor de manera directa, no significa que se trate de una esfera no cosificada de la cual el capital necesite desentenderse para sobrevivirse a sí mismo, sino que más bien la vampiriza para tal propósito. Es más, la dinámica del capital únicamente tiene sentido bajo la lógica de la exclusión, ya que sólo se considera como sujeto —automático— a sí mismo (es decir, se trata de una dinámica autotélica y tautológica, dicho llanamente: su *dynamis* se simplifica en producir valor para producir más valor), y en este sentido, produce individuos que sólo se consideran sujetos bajo la grilla de la inteligibilidad del trabajo abstracto. Parece ser que este fue el motivo de la separación entre *Krisis* y *Exit!*, aun cuando también cabe mencionar cuestiones personales que tuvieron que ver con la dirección de la revista, este motivo asimismo deja vislumbrar cuestiones de fondo más transversales que fundamentan dicha fractura: es decir, la tesis de la escisión del valor ahonda en un tipo de teoría crítica que no se quiere apresurada con respecto a la tentativa de la praxis social inmediata; sin embargo, los teóricos que continuaron en *Krisis* —entre otros Lohoff y Trenkle, de los ya mencionados— buscan puntos de contactos entre la crítica del valor y movimientos sociales como software libre o economías alternativas.

Precisamente, este distanciamiento entre ambos sectores está anidado en el concepto de autonomía de la teoría que manejan y que es indisociable, a su vez, de la crítica al marxismo del movimiento obrero por haberse quedado en una comprensión del capitalismo entendido meramente en términos de propiedad privada de los medios de producción y de mercado, lo cual parece repetirse como farsa en los discursos anticapitalistas hegemónicos en la actualidad como «la última mascarada del marxismo tradicional»³, en palabras de Jappe.

² Ambas revistas, *Krisis* y *Exit!*, continúan con el decurso de sus investigaciones y siguen operativas online. Pueden consultarse en los siguientes enlaces: *Krisis. Kritik der Warengesellschaft* [<http://www.krisis.org/>] y *Exit! Krise und Kritik der Warengesellschaft* [<http://www.exit-online.org/>]. Entre las obras producidas por el Grupo *Krisis* traducidas al castellano, encontramos el famoso texto *Manifest gegen die Arbeit* publicado originalmente en 1999 por la revista *Krisis*, y cuya referencia en castellano es la siguiente: KRISIS, *Manifiesto contra el trabajo*, Barcelona: Virus, 2002.

³ JAPPE, A., *Las aventuras de la mercancía*, Logroño: Pepitas de calabaza, 2016, p. 223.

El marxismo del movimiento obrero, en último término, no habría puesto en cuestión el propio concepto de trabajo abstracto, esto es, no critican el concepto-fetichismo mismo de trabajo abstracto a través de su génesis sociohistórica, sino que critican únicamente el modo de distribución capitalista, pero conservando el punto de vista del trabajo abstracto, y en este sentido, acaba ontologizándolo como relación humana transhistórica, emulando el *modus operandi* de la economía política clásica de Smith o Ricardo. Por este motivo, no pueden desprenderse del concepto de trabajo abstracto inscrito en el valor, aun cuando hagan referencia a un trabajo “liberado” de las manos acaparadoras de los capitalistas y socializando, por tanto, los medios de producción. Esto, por otro lado, era comprendido casi automáticamente como palanca milagrosa hacia la emancipación social, lo cual no hizo más que convertir al socialismo real, a ojos de Kurz, en una simple modernización atrasada enrolada en mecanismos burocratizados arbitrados por el Estado, pero insertada igualmente en la dinámica capitalista. Sin embargo, «esto no significa simplemente el triunfo sistémico de la economía de mercado occidental sobre un socialismo real deshonesto y apocado, sino que apunta al peligro y a la obsolescencia de un fundamento compartido, debemos buscar su evidencia más allá tanto del paradigma de la sociedad industrial como de las relaciones entre mercado y Estado.» (p. 35)

El problema fundamental es que el trabajo no está —al menos solamente— “apresado” en las manos de ningún capitalista opresor —descartando así posibles teorías de la conspiración, como si el capital tuviera rostro de empresario gordo y bien trajeado—; sino que está apresado por la misma dinámica autotélica y tautológica del D-D’, y para “liberarlo” de esta abstracción tan real que es el capital, no habría que criticar la mera distribución inmanente al capitalismo, sino sencillamente abolir ese concepto de trabajo abstracto a través de su crítica categorial radical, mostrando que no se trata de una categoría transhistórica —error en el que cayó el marxismo tradicional— de la relación del hombre con la naturaleza. «Es justamente este carácter autotélico lo que caracteriza al sistema burgués occidental y al movimiento de los trabajadores por igual: es visible en el “punto de vista de los trabajadores” y en la ética abstracta del trabajo aquella veneración fetichista que posibilita un gasto mayor y más intensivo de fuerza laboral, más allá de las necesidades concretas y sensibles al sujeto» (p. 37).

De esta manera, retomamos el punto de partida: ¿realmente Occidente ha triunfado y ha evidenciado con ello la eficacia del capitalismo como reproducción de la vida social? Pareciera que sí, al menos desde el fundamento compartido del desarrollo del sistema de producción de mercancías, pues después

de todo, en la época dorada del fordismo, recordemos que fue capaz de compensar o incluso sobrecompensar la disminución de valor por la extensión absoluta de la producción, invadiendo el mundo de mercancías y, por tanto, no sólo expandiendo el mercado mundialmente a través del saqueo y conquistas de otras civilizaciones, tal como ocurrió en S.XIX, sino también a través de la apertura de nichos de mercado que colonizaron todos los espacios de la vida.

En palabras de Kurz: «El principio de competencia y el intercambio flexible entre estatismo y monetarismo funcionaron en la historia de posguerra mejor que el socialismo militarizado solidificado hasta la inmovilidad; garantizaron mejor tanto el valor de uso como la productividad, y así crearon más necesidades y satisfacciones y liberaron mayores potenciales emancipatorios» (p.169).

Sin embargo, con el fin del ciclo fordista, se agotó el último modelo posible de acumulación basado en la utilización masiva de trabajo vivo que, como recordamos, es la única *real* fuente que produce valor —ya que el crédito simplemente lo simula en el futuro, siendo la huida hacia adelante del capital—. «Por eso ahora no se reemplaza un modelo social o económico errado por uno correcto, que podría llevar a la libertad, al bienestar y a las tortas con huevos, sino a la lógica de la crisis del sistema de producción de mercancías, que se envuelve a sí misma. El colapso de los “mercados planificados” es solo una parte de la crisis total. Si recordamos la representación de Krizman del ladeamiento lógico y fáctico entre la economía de guerra estatalista y la economía de la competencia sobre la base del mismo trabajo abstracto, es fácil sacar la cuenta de qué traerá verdaderamente el supuesto cambio de modelo. Es una “apariencia esencialmente igual”, es decir, el simple cambio de la forma de la crisis de Oriente por la de Occidente.» (p. 171)

Por tanto, el problema del aumento de productividad en occidente a través de la incorporación masiva de capital constante en el proceso productivo, empujó por dos cauces (pp. 192 y 193) al socialismo real a abrirse a la competencia del capitalismo mundial: en primer lugar, se hace patente que sin competencia que haga aumentar el grado de productividad, el mercado mundial se deshincharía de valor, pues éste no puede mantenerse estancado sino únicamente crecer más y más. Por tanto, el intento de burocratizar y controlar esas leyes de mercado tal y como intentó el socialismo real, solo conllevaría —tal como ocurrió— a un estancamiento anclado en la miseria y finalmente derrotado por la misma lógica de la competencia. En segundo lugar, para poder competir en el mercado mundial a través de la exportación —tal y como se exigía a los países del Este a partir de la caída del telón de acero— se necesitaría unas inversiones inmensas

que, al haber estado éstas ancladas durante años en las subvenciones estatales para el mantenimiento de la producción de bienes básicos de consumo, tuvieron que recurrir al crédito para posibilitar una producción a nivel mundial para llegar al punto de acumulación de capital constante comparado con Occidente, pues la sola acumulación de fuerzas de trabajo inmensas —que por otro lado, esto era de lo que carecía Occidente debido al gran empleo de maquinaria, altos avances en investigación y una gran infraestructura logística interna— no eran suficientes para alcanzar el grado de productividad comparado con Occidente a la hora de poder siquiera intentar competir con él en el mercado mundial.

Claramente, por tanto, el colapso de la sociedad del trabajo en el mercado del trabajo planificado del bloque Este, «señala todo lo contrario a una nueva era de prosperidad capitalista» (p. 197). Como consecuencia de este proceso de integración de los países del Este en la competencia mundial, Occidente recurrió a ellos —a cambio del crédito que les hacía falta para poder incorporar capital constante y aumentar así la productividad necesaria con el fin de competir en el mercado mundial— con el propósito de recuperar la fuerza de trabajo humana que se había hecho superflua debido, precisamente, a este alto grado de productividad que había alcanzado, y al cual empujaban al resto de la periferia capitalista persiguiendo el efecto dominó que finalmente se ha dado como uno de los últimos estertores del capital en la crisis financiera de 2008.

La relocalización del trabajo industrial al tercer mundo para conseguir fuerza de trabajo más barata no es, ni mucho menos, la causa del desempleo masivo de Occidente, sino precisamente es la consecuencia lógica «de la cientifización inmanente y con ella, el incremento de la productividad por encima de las capacidades del sistema productor de mercancías» (p. 200). De esta manera, la historia se vuelve a repetir como farsa, esta vez en relación a la vampirización del capital en la nueva periferia capitalista: los países del tercer mundo. Éstos están sometidos a la misma presión del capital mundial a la que estuvieron los países del Este, pero con un hándicap mayor: en la carrera contra reloj del incremento de productividad a escala global en la creación del valor del capitalismo mundializado, ésta cada vez es más alta, tanto, que es insoportable para el propio sistema, como más tarde explicitará Kurz con la tesis del colapso del límite interno de valorización a la que ya apunta tempranamente en este primer libro. Efectivamente, el tercer mundo se ha estrellado aún más en su intento de despegue en la carrera de la modernización, pues no sólo es un factor decisivo los salarios bajos que seducen a Occidente a la hora de incorporar la fuerza de trabajo que les falta a bajo coste, sino que también es necesario la

capacidad de incorporar ellos mismos esas masas de trabajo en producciones respaldadas por un alto grado de tecnología e inversión de capital.

De esta manera, la mayoría de los países del tercer mundo se han convertido literalmente en «casos de ayuda social mundial» (p. 208), ya que sigue sin ser suficiente el factor de la fuerza laboral barata para conseguir alcanzar a Occidente en su “carrera”, no ya hacia la modernización, sino hacia la desustancialización del valor a través de la incorporación de la tecnificación y productividad. Y, por otro lado, no pueden mantener sus producciones socialmente aisladas del mercado mundial ni por tanto emplear las masas de trabajadores que serían necesarias para su desarrollo interno, tal como les ocurrió a los países del Este.

Ante este panorama, según Kurz, la teoría ha de abandonar irremediabilmente cualquier postura teleológica hacia la emancipación social —pues sucumbir una vez más a las utopías del “hombre nuevo” supone retroceder a la misma cáscara vacía que reivindicó el marxismo tradicional— y, por otro lado, constata que toda praxis ciega y apresurada parece acabar rebotando en los propios límites reificados del capital y alimentando así su dinámica. Sin embargo, a pesar de este aparente callejón sin salida en la relación teoría y praxis debido al alto grado de integración social capitalista alcanzado, en las últimas páginas Kurz nos alienta todavía, al menos en aquella ya lejana década de los noventa, con abrir alguna posibilidad: «para superar la crisis se necesitan un tipo de “racionalidad” e “inmanencia” totalmente distintas, donde la crítica no quede roma, sino que por el contrario se afile y se radicalice. Dicho con mayor precisión: el contenido material de las potencias de socialización alcanzada debe ser liberado radicalmente de la forma histórica, que envenenó ese contenido y lo volvió altamente destructivo. Es necesaria entonces una racionalidad sensible que sea el opuesto exacto de la racionalidad iluminista, abstracta burguesa y de forma mercantil. Entonces se haría visible que sus pretensiones de volverse absoluta no significan nada más que la mezcla de contenidos sensibles totalmente distintos en lo cualitativo por la aplicación de la sola lógica independizada» (p. 268 y 269).

Lorena ACOSTA IGLESIAS

Universidad Complutense de Madrid